

que datos positivos, nos hacen creer que el Egipto, ó por lo ménos sus sacerdotes, poseyeron un gran caudal de conocimientos astronómicos.

Sin embargo, vamos á hacer una observacion aplicable á todos los pueblos de la antigüedad. Esa prediccion de los eclipses y de otros fenómenos más ó ménos regulares en su aparicion; esa medicion de cielos, períodos, años y distancias, que suelen llamar la atencion de los historiadores, para fundar en estos hechos todo un sistema científico, estaba muy léjos de ser lo que es hoy y de indicar una verdadera ciencia. En los eclipses anunciados en China, Caldea y Egipto, en las predicciones de Thales y de otros astrónomos, por más que fueran sorprendentes para un pueblo ignorante, no hay nada de la exactitud moderna, que anuncia estos fenómenos con horas, minutos y segundos. Un conocimiento vulgar y grosero de los movimientos aparentes de los astros y una experiencia rutinaria eran suficientes elementos para una prediccion, bien poco meritoria bajo el punto de visto científico. La ocultacion de un astro calculada de antemano con rigurosa exactitud supone una suma de conocimientos que no tuvo ningun pueblo antiguo. Los Newton y los Keplers, que nos permiten hacerlo á nosotros, hubieran sido en aquel tiempo una contradiccion,

un anacrónimo: su nombre habría pasado á las edades modernas como el de un dios, rodeado de la admiracion, de la fábula y del milagro.

CAPÍTULO II.

UNIDAD DE LA CIENCIA ASIÁTICA.

Comunidad de la tradicion científica en Asia. — Indicios de uno mismo origen. — Ciencia primitiva.

La ciencia asiática se movió dentro de un círculo limitado. Así lo atestiguan los recuerdos que nos han quedado, entre los cuales son seguramente dignos de estudio los libros hebreos.

El sabio Baylli, historiador de la ciencia de los astros, ha demostrado plenamente, con una paciencia y un análisis admirables, que las ideas astronómicas de los pueblos que blasonan de más antigüedad en el Asia son tradiciones confusas, alteradas por el tiempo, modificadas por el carácter é historia particular de cada pueblo; restos esparcidos de una sola creencia mal conservada ó mal trasmitada; ramas sueltas de una ciencia que debió ser más completa y más exacta en sus primeros tiempos. Baylli, para deducir esta verdad, ha interrogado los monumentos más antiguos de todo género; ha

penetrado en la interpretación de algunos mitos y fábulas, y así ha descubierto que la tradición en general, y especialmente la tradición científica, es tanto más común á los pueblos del Asia, cuanto más antiguo es el hecho á que se refiere; y esta tradición parece como superpuesta violentamente algunas veces para explicar fenómenos visibles: aplicación de creencias antiguas á hechos nuevos ó mejor observados, que es común á todos los pueblos poco sensibles á las ideas de progreso. La creación material del mundo, el caos primitivo, un sér ordenador de la materia informe, y la noción de los grandes trastornos geológicos por que pasó la tierra, tienen en la tradición de los pueblos asiáticos una comunidad que sorprende, si por un momento se prescinde de las fábulas con que aparece envuelta la narración.

Bajo el punto de vista puramente científico, sin entrar en consideraciones filosóficas y teológicas; buscando la tradición más racional, más conforme con las verdades de la ciencia, tenemos que admitir como única buena la explicación, ó por mejor decir, la idea de la creación que nos da el Génesis. En esos sistemas filosóficos, que pretenden ser coetáneos de la creación, no encontramos nada que pueda compararse con la noción bíblica expresada con todo el rigor de lo absoluto, con toda la sencillez de la verdad.

¿Será el Génesis, será la astronomía del pueblo escogido, la base en que se funda esa antigua ciencia que desapareció de la faz de la tierra y dejó en los pueblos de Asia sólo recuerdos incompletos? Vamos á hacer algunas reflexiones puramente científicas sobre este punto.

La asombrosa antigüedad que á sí mismos se dan algunos pueblos del Asia, lo mismo que el Egipto, no es más que un error de cálculo ó una ilusión orgullosa, y tal vez, según ha dicho un historiador, prueba inequívoca de su juventud, cuando todavía es tan en la edad en que se entretienen con la fábula.

La ciencia, consultada acerca de este punto, demuestra sin género alguno de duda que esas tradiciones esos hechos históricos, esas maravillas que componen la cronología de tales pueblos, no se remontan á más de tres mil años antes de Jesucristo; siendo de notar, como hemos indicado, que esta época á que llega la tradición histórica y científica es común con corta diferencia para todos estos pueblos, así para los egipcios como para los chinos, así para los indios como para los persas y caldeos.

En esta época, difícil de determinar con la medida numérica del tiempo, pero fácil de conocer por el estado y condiciones de la vida del pueblo, aparece en cada nación un

gran astrónomo, un hombre, sobre cuya frente brilla alguna vez la llama de la inspiración ó el soplo de la divinidad, y comunica á los mortales el secreto de la ciencia. Así aparece Fohi en China, Urano y Atlas, Tot ó Mercurio en Egipto, Zoroastro en Persia, y Belo en Babilonia.

Estos son los primeros astrónomos, los primeros sabios de esos pueblos; éstos son los que admira y respeta la tradición, los que diviniza la fábula; pero no podemos creer que lo fueran hasta el punto de haber descubierto todos los principios que enseñaron, por existir una imposibilidad absoluta de que los descubrieran. En efecto, según hemos visto al recorrer, aunque rápidamente, la historia de la astronomía en India, China y Caldea, no existió nunca en estos pueblos una ciencia fundada en la observación como base, y en la lógica como elemento constitutivo. Y sin embargo, careciendo de estos necesarios elementos, encontramos desde los tiempos más antiguos métodos complicados, pero casi exactos, para calcular los períodos de ciertos astros ó fenómenos; encontramos una porción de prácticas rutinarias, de operaciones ciegas sin el conocimiento de las relaciones entre el fenómeno y la causa.

La adquisición de estos métodos es inconcebible con las superficiales ó ridículas ideas

que los pueblos antiguos tenían acerca del sistema celeste. Los chinos, los indios, los persas creían ver en los eclipses y en otros fenómenos gigantescas luchas de animales mitológicos ó hechos más relacionados con los personajes de sus fábulas que con los acordes movimientos de la máquina del mundo; y á pesar de estas creencias calculaban tales fenómenos desde los tiempos más remotos, sin que baste en muchos casos para explicar esta contradicción la diferencia, entre la doctrina pública y privada, entre la ciencia sacerdotal y la creencia vulgar.

Debemos, pues, admitir que los primeros astrónomos de estos pueblos no pudieron elevarse por sí solos, por los medios que suministra una ciencia adquirida personalmente, al descubrimiento de esos métodos. Y no es posible explicar su existencia sino considerándolos como restos ó recuerdos confusos de una ciencia perdida, como una tradición incompleta que conservó lo más fácil de conservar á las inteligencias no científicas: la práctica rutinaria, la operación material, lo que dejan en el pueblo siempre las tradiciones.

En este supuesto Fohi, lo mismo que Belo, no fueron más que hombres estudiosos que recogieron la tradición, formaron con ella, si no un cuerpo de doctrina, un cuerpo de reglas, y la escribieron ó dieron

á conocer por el escrito ó el jeroglífico, ó tal vez sólo por la enseñanza.

Sentada esta teoría por una inducción racional, como acabamos de hacerlo; fundándonos en la imposibilidad de que un hombre crease la astronomía sin elementos para ello, encontramos después una porción de razones que confirman esta hipótesis.

¿Cómo se concibe de otro modo que en el transcurso de tantos siglos apenas diera un paso la astronomía en estos pueblos? Si Atlas descubrió la esfera, si imagino sus principales círculos; cómo puede suponerse que se perdiera después este conocimiento teórico y científico, y que la esfera no tuviese uso alguno hasta que muchos siglos después una regeneración científica vino á explicar por medio de ella el curso de los astros y á resolver sistemáticamente los problemas fundamentales de la astronomía?

El conocimiento de la esfera supone una serie de meditaciones y descubrimientos que representa muchos años de observación: la combinación de sus círculos no es obra de un momento, ni producto espontáneo de una rica imaginación; ¿cómo es posible suponer que se perdieran completamente estas observaciones, esta ciencia ya de hechos, en pueblos que conservaban cuidadosamente la tradición en sus monumentos, y que sin duda consideraron la astronomía

como objeto preferente de sus estudios y como necesidad en su género de vida? Lo mismo decimos de otras muchas nociones aisladas que suponen conocimientos que nunca tuvieron estos pueblos, y que no pueden atribuirse á un solo hombre, por rara que fuese su inteligencia, á ménos de no suponer en ella una superioridad más que humana.

Hay, además, otras muchas razones que inducen á creer lo que vamos sosteniendo. En los pueblos de Asia y África se descubre una gran analogía, y en muchos casos una perfecta igualdad de creencias y de prácticas, que no podemos explicar sino admitiendo que provienen de una ciencia única, de un estado floreciente en la astronomía y anterior á la época en que empezaron á cultivarla estos pueblos.

¿De dónde dedujeron, por ejemplo, los pueblos antiguos el conocimiento de los siete planetas y el orden en que los colocaron para que presidiesen á los días de la semana? Los indios, los egipcios, los chinos y los caldeos contaban los días de la semana en el mismo orden que nosotros: domingo ó día del Sol; lunes ó día de la Luna; Martes ó día de Marte; miércoles ó día de Mercurio; jueves ó día de Júpiter, viernes ó día de Venus, y sábado ó día de Saturno.

Este orden no es de la distancia á la tierra ni al sol, ni el de la magnitud aparente ó

verdadera, ni el del brillo, ni el del color, ni el de la duracion de la revolucion; es un órden completamente arbitrario, á los ménos para nosotros; y sin embargo, le encontramos igualmente establecido en pueblos que parece no tuvieron entre sí comunicaciones tales que pudieran trasplantar su ciencia. Además de que si esta comunicacion, si esta adquisicion de ciencia extranjera, tan grande que bastó para dar á un pueblo el modo de contar el tiempo, hubiera existido, se encontraría en la tradicion y en la historia huella de tan memorable hecho.

Otro tanto decimos de los signos del Zodiaco, en que el número doce es tambien arbitrario; de muchas fiestas y misterios en que entraba alguna noción astronómica, y de algunos temores de cataclismos en determinada posicion de los astros, que fueron principio de la supersticion y que han llegado hasta nuestros dias.

Es imposible que en estos puntos, sujetos al capricho muchas veces, independientes otras de la idea religiosa, de la misma astronomía y de la observacion, coincidiesen de tal modo pueblos tan distintos, si no los hubiesen tomado de una ciencia antigua, de una creencia primitiva y comun.

Por otra parte, es muy notable que todos los pueblos que se precian de más antiguos y de primitivos terminasen sus conocimien-

tos astronómicos en un círculo de la misma extension; porque no existe en ninguno de estos pueblos una verdad completa desconocida á los demas: existe en algunos casos la diferencia en cuanto al modo de apreciarla, en cuanto á la claridad con que la percibían, en cuanto á la explicacion más ó ménos racional que de ella se daban; pero en esencia la suma de conocimientos fundamentales fué la misma, casi exactamente, en Asia y en el Egipto.

No parece, pues, lógico admitir la existencia de una ciencia anterior á los pueblos de que hemos hablado, ciencia de cuya perfeccion no podemos juzgar en absoluto, pero que indudablemente penetró en el conocimiento de la naturaleza con más acierto que los pueblos que recogieron sus restos y que hicieron de ella la base de su tradicion. Y nos parece tanto más lógico admitirlo así, cuanto que los chinos, los indios y los egipcios se inclinaban siempre á creer que la verdad, no sólo moral, sino científica, habia existido en una época anterior y se habia oscurecido. En la doctrina de Crisna, antiquísima en la India, se encuentra esta creencia expresada con toda claridad. Es probable que la verdad existiese originariamente entre los hombres; mas poco á poco se adormeció y fué relegada al olvido. El conocimiento reaparece como un recuerdo.

II.

EL PUEBLO HEBREO.

La creacion de Moises. — Su carácter posible. — Superioridad de la tradicion hebrea. — Ciencia de la Biblia.

¿Dónde existió esta ciencia tan antigua? ¿Que pueblo pudo adquirir estos conocimientos astronómicos que encontramos despues esparcidos, rotos como los eslabones de una cadena? La historia nos dice muy poco acerca de este punto; pero la crítica científica puede darnos alguna luz en tan difícil cuestion.

Examinando los documentos más antiguos de todos los pueblos, buscando en ellos la teoría más científica del universo, es decir, la más racional, la ménos envuelta en ridículas fábulas ó en monstruosos absurdos, debemos decidirnos por la explicacion de la creacion que nos da el Génesis. La más profunda filosofía de los pueblos antiguos, unida á los conocimientos astronómicos, que alcanzaron despues de muchos siglos, no tiene la sencillez, la claridad, la posibilidad científica de los primeros versículos del Génesis, en que se expone la creacion con todo el rigor de lo absoluto. • En el principio crió Dios el cielo y la tierra; la tierra era un desierto: estaba informe

y sin adorno, esto es, sin plantas ni habitantes: las tinieblas se extendían sobre la faz de esta cosa confusa. Dijo Dios: Sea la luz, y apareció la luz; sea el firmamento ó la extension de los cielos; sean las lumbreras en la extension del cielo; y separen el dia de la noche, y sirvan para señales de tiempos, y dias y años; para que dén luz en el firmamento y alumbren la tierra. El hizo dos grandes lumbreras; la mayor para que presidiese al dia, y la menor para que presidiese á la noche. E hizo las estrellas. •

Este magnífica descripción, cuya grandiosidad habla más al sentimiento que á la inteligencia, es tambien mucho más científica que las fábulas con que los demas pueblos de Asia trataron de explicar la creacion

Nótese en primer lugar que nada hay en ello imposible, ni ridiculo, ni irracionalmente maravilloso; que la sucesion de las épocas de la creacion en cuanto á la tierra es discutible dentro de la ciencia moderna, y que todas las suposiciones verdaderamente científicas, que hasta ahora se han hecho, para explicar el primitivo estado de nuestro globo caben perfectamente en este grandioso bosquejo.

Dada la necesidad, ó cuando ménos la posibilidad, de una creacion, ya se entienda por esta palabra en el sentido vulgar de haber sacado la materia de la nada, ó en el de or-

denacion del primitivo cáos, no cabe siquiera comparar ninguno de los génesis asiáticos con el del pueblo hebreo. Todos los sistemas, que hemos dado á conocer rápidamente, son, respecto de la creacion del universo y del hombre, una serie de fábulas ridículas ó monstruosas. Ya, como en la India, hay un dios que engendra diversas castas de la boca, del brazo, del muslo y del pié; un cielo que se forma de un huevo y que está sostenido por cuatro elefantes y una tortuga; trinidades monstruosas y obscenas y encarnaciones en animales inverosímiles; ya, como en China, dragones misteriosos, é hijas del Señor que se fecundan con las algas de un río y despues de un embarazo de doce años dan á luz monstruos; ya, como en Persia, toros que engendran al hombre de sus ojos y un fuego, padre de las cosas materiales; ya, como en Egipto, terneras fecundadas por rayos celestiales y escarabajos y culebras de singular influencia sobre los hombres.

¿Adónde iríamos á parar si fuéramos á repetir aquí las extravagancias á que dió origen el desconocimiento de la transformacion del cáos primitivo, en que creían todos estos pueblos, para convertirse en un mundo organizado sábiamente? La fantástica é inagotable imaginacion de los indios, la tradicion de la China, y las graves meditacio-

nes de los egipcios no consiguieron dar á sus creencias el carácter real, posible y humano de la doctrina de Moises. Y nos fijamos en esta observacion, porque no buscamos en el pueblo hebreo al pueblo sabio, al pueblo astrónomo, al pueblo matemático, sino al pueblo cuyas creencias religiosas, morales é históricas le permitiesen formarse del universo una idea más exacta, sin dar entrada á la fábulas, á las monstruosidades y á las inverosimilitudes que abundan en las demas naciones del Asia.

Además, está es lo única explicacion que nos dejó el mundo antiguo de que pueda sacar algun beneficio la ciencia; la única en que encontramos desde las primeras palabras una distincion y una relacion admisible entre el cielo y la tierra, la medida astronómica del tiempo, y el uso primero de las observaciones del curso de los astros claramente indicado en el Génesis.

No creemos nosotros, como parece desprenderse del sentido material del Génesis, que la luna, el sol y las estrellas sirvan solamente para medida del tiempo y para adorno del cielo. En este punto la Biblia es incompleta: pero sus palabras no se oponen á lo que la ciencia moderna ha descubierto en los astros, deduciendo de la observacion la posibilidad de que sean moradas de seres, que tienen, como nosotros, una mision.

Moises no se propuso al escribir este libro un objeto científico; muy lejos de eso, se expresó en términos tales que pudiera comprenderle todo el pueblo; tampoco se propuso profundizar filosóficamente acerca de la creación; es un mero narrador; pero su narración es muy superior á toda la filosofía india y china. Ahora bien; ya admitamos que Moises enseñó estos conocimientos personales á su pueblo; ya que no hizo más que reunir la tradición y las creencias populares, como hace todo buen historiador, lo cierto es que en tiempo de Moises el pueblo hebreo tenía nociones acerca de la creación, y por tanto acerca del sistema del universo, sencillas, claras, posibles y muy superiores á las de los demás pueblos. Estas nociones no serían grandes, ni aún exactas respecto de todo el universo en su conocimiento detallado, pero eran completas y exactas respecto de la tierra.

Mas esta ciencia de Moises ¿pudo ser adquirida de otro pueblo, ó era la recopilación de lo que siempre creyó el pueblo hebreo?

Los hebreos tuvieron constantes é intimas comunicaciones con los caldeos, los persas y los egipcios; pero siempre fueron como extraños entre estos pueblos, conservando su carácter especial, sus costumbres, y sobre todo su doctrina, aún en medio de las más

terribles cautividades. El Génesis fué escrito despues de la salida de los hebreos de Egipto, precisamente cuando habria sido mas fácil que el pueblo hubiese tomado algo de las creencias egipcias en su larga esclavitud. Y sin embargo, el Génesis es una protesta continua contra el politeísmo, contra la adoración de los astros y de las fuerzas naturales, y contra la filosofía egipcia. Sin que pueda suponerse que Moises hiciese esta protesta predicando una doctrina nueva, porque ni se presenta nunca como innovador, ni es presumible que le hubiera seguido y creído todo el pueblo israelita, siendo un destructor de sus creencias nacionales.

Igual protesta hallamos en todo el *Pentatéuco* contra las doctrinas indias, persas y caldeas, á las cuales da tan poca importancia su autor, que ni aún emplea una línea en refutarlas. La doctrina más comun á estos pueblos era la metempsicosis, la transmigración en diversos cuerpos y por diversos astros; y Moises ni aún la cita en todos sus libros.

Por otra parte, Moises, con una prudencia que hoy se llamaría habilidad, distingue siempre perfectamente en su obra cuando habla en nombre de Dios, en cuyo caso, empleando el lenguaje imperativo, manda, ordena; cuando habla de la ley civil, en cuyo caso desea la aceptación de sus ciudadanos;

y cuando se refiere á los hechos y á la tradicion, y entónces se expresa con simples afirmaciones, que llevan, como en todo fiel narrador, el rigor de la evidencia. De este último modo habla de la creacion y de las creencias físicas del pueblo hebreo.

Es, pues, lo más lógico suponer que Moises hablaba á un pueblo que tenía las mismas creencias que él; que no introducía novedad alguna; que expresaba en sus escritos la tradicion constante.

Los hebreos no nos dejaron esos monumentos estables que aún admiramos en otros pueblos. Errantes casi siempre, perseguidos unas veces y esclavizados otras; entregados á un severo culto religioso en los buenos tiempos, y á la adoracion de ídolos que eran pronto destruidos en sus prevaricaciones, no pudieron dejar esas construcciones que suelen ser un rayo de luz en la interpretacion del estado y creencias de un pueblo. No nos han transmitido más que el *Antiguo Testamento*, que es muy suficiente, por más que no sea obra científica, para deducir de su contenido importantes consecuencias.

Los conocimientos rigurosamente científicos del pueblo hebreo no debieron ser muchos; á lo que podemos juzgar, pero fueron muy exactos; de tal modo, que apenas ha tenido que modificarlos un constante pro-

greso de diez y nueve siglos. ¿Qué otra doctrina anterior al cristianismo puede gloriarse de tan singular privilegio en los pueblos más civilizados?

El universo en su conjunto, perfectamente distinto de Dios y de todo espíritu inferior, es la obra del Señor. No salió de su misma sustancia, ni fué una émanacion, sino que fué sacado de la nada ó de un caos informe, creado, formado y ordenado en varios dias ó épocas. El hombre es tambien distinto de Dios y del universo; como cuerpo, es materia independiente de todo espíritu, hijo de la tierra y sujeto como esta á las leyes físicas; como hombre, tiene un alma (soplo) infundida por Dios. De manera que los hebreos concebían y admitían la superioridad de Dios sobre el universo, la personalidad humana y la pasividad de toda la materia, que constituía lo creado: el mundo es la inercia física animada por el espíritu.

El hombre, perfectamente libre en sus actos, nos estaba sujeto á la fatalidad; siendo esencialmente distinto de los demás animales, de las plantas y de los astros, no podía haber sido ántes, ni ser despues, uno de estos seres; por lo tanto, eran imposibles la ridícula metempsicosis y la inexplicable transmigracion: cumplía su mision en la tierra, y al morir, el alma, juzgada por sus actos, recibía premio ó castigo, y el cuerpo

851110

volvía á ser polvo, porque polvo era ántes.

Los astros y los cielos no eran más que una obra de Dios, admirable siempre, pero indigna de ser adorada; su influencia sobre la tierra y sobre el hombre era puramente física. Como criados por un sér bondadoso, todos los astros son útiles á nuestro globo :
• El Señor ha creado la luna para medir el tiempo... • • El sol fructifica el grano y vivifica la tierra por orden del Señor. •

El universo tiene leyes fijas é inmutables, que sólo puede cambiar ó detener su Autor como soberano dueño de lo creado.

• El sol conoce el circuito de su carrera... •
• El sol y la luna siguen el camino que el Señor los trazó en el cielo... • • ¿Quién contará el orden de los cielos?; Quién será capaz de enmudecer su armonia? •

Los salmos están llenos de pinturas que suponen un conocimiento del universo exento de errores, y el antiquísimo libro de Job, del cual hemos tomado el último versículo citado, contiene también una exposición de lo que creían los hebreos acerca de los fenómenos naturales, que en su opinión eran regidos inmediatamente por la voluntad divina : • Él trasladó los montes : Él conmueve la tierra de su lugar : Él manda al sol y no sale ó no se le ve, y cubre las estrellas : Él sólo extendió los cielos : Él hizo el Arcturo y el Orien y las Hyadas ó Pléya-

das, y lo más interior del Mediodía, ó sea las estrellas del hemisferio Sur, que no se veían en Idumea... Si detuviese las aguas, todo se secaría; y si las soltase, trastornarían la tierra... Dios extiende el Aquilon ó Polo Norte sobre el vacío, y tiene suspendida la tierra sobre la nada... sujeta las aguas en las nubes para que no se precipiten todas á un tiempo... cercó con término las aguas hasta que se acabe la luz y las tinieblas ó la sucesion de los días y noches. Él levanta las gotas de la lluvia y las derrama en aguaceros desde el cielo á manera de torrentes que caen de las nubes. En sus manos esconde la luz y la manda que venga de nuevo... •

En cuanto al límite de los conocimientos físicos de los hebreos, pueden decir algo los siguientes versículos : • ¿Por ventura conoces los pesos de las nubes suspendidas en el aire y otros conocimientos grandes y perfectos? • Y por qué calienta tus vestidos el viento que sopla del Austro? • ¿Por ventura has medido la anchura de la tierra y su extension?... • ¿Acaso sabes tú el orden establecido en los cielos?... •

Resulta, pues, de todo lo dicho que el pueblo hebreo tuvo ideas más exactas que ningun otro acerca del mundo y de los astros; que admiró sus leyes como expresion de una sabiduría infinita; que comprendió

las épocas primitivas sin absurdos errores, y que admitió en cada astro una misión especial sujeta á leyes inmutables. En cuanto al conjunto del Universo, citáremos aquí una profunda observación de Humboldt acerca del sentimiento que en aquel pueblo despertaba la Naturaleza: « Uno de los caracteres distintivos de este sentimiento es que, como un reflejo del monoteísmo, abarca siempre el mundo en una imponente unidad, comprendiendo á un mismo tiempo el globo terrestre y los luminosos espacios del cielo. Así es que rara vez se detiene ante los fenómenos aislados, complaciéndose en contemplar los conjuntos... mira siempre la Naturaleza como una obra ordenada. »

Con estos antecedentes, ¿no será lícito suponer que el pueblo hebreo comunicó á los demas esas nociones imperfectas que, oscurecidas por la tradición, se presentan despues como hechos aislados? ¿ó que recogió la tradición más pura y supo purgarla de errores?

Las demas doctrinas cosmogónicas de los pueblos antiguos de Asia han desaparecido sin poder arraigarse en Occidente, ante el movimiento incesante, desgastador y siempre luminoso del progreso. De ellas no ha quedado nada en nuestra sociedad; nuestra ciencia se rie de sus fábulas y de sus mitos; y sería tenido por loco el que pretendiera

hacer compatible la ciencia de Newton con los génesis de estos pueblos. Las leyes físicas del mundo, que ha descubierto un estudio de muchos siglos y todas las que se descubran en lo futuro, pueden haber salido de un Dios como el nuestro, sabio, soberano y omnipotente; pero no podrán nunca considerarse como producto de creaciones monstruosas de seres abominables y de animales maravillosos. Aquí está el germen de la posibilidad del progreso dentro de nuestra idea religiosa, y la causa del privilegio inestimable y exclusivo que goza el pueblo hebreo, cuya doctrina vive al través de los siglos, habiendo visto perecer á todas las demas y caer para siempre en el mar del olvido.

CAPÍTULO III.

GRECIA.

I.

Carácter de la religion y de la ciencia en Grecia. — Mitos y sus interpretaciones. — Creencias acerca de la Divinidad.

Arribamos á Grecia; á esa nación privilegiada que se considera como cuna del arte y de la ciencia; á esa nación en que suelen terminar las investigaciones científicas; porque apenas se encontrará una idea, verdade-